



Colegio de Huérfanos de Ferroviarios

Calle de los Pirineos (final)

Dehesa de la Villa

MADRID

1 de abril de 1964.

Amados hermanos :

Con el más vivo dolor os comunico la muerte de nuestro querido hermano Rvdo. don Pedro Robles, que elevó su alma al Señor el día 6 del pasado mes de febrero, a la edad de 32 años.

Su muerte nos ha sumido en profunda pena, no solamente por su juventud, que hacía concebir halagüeñas esperanzas, sino por su desaparición casi repentina. El día 2 de febrero, por la noche, bajó a la enfermería del Colegio y se metió en cama con un poco de gripe; la enfermedad, que en sí no parecía tener importancia a juicio del médico, se le complicó inmediatamente, y cuatro días después moría víctima de un ataque hepático fulminante.

Había pasado bastante bien la noche anterior a su muerte, pero al agravarse en las primeras horas de la mañana del día 6, bajé inmediatamente a su lado en compañía de algunos sacerdotes de la casa. Fue llamado urgentemente el médico, que le recetó nuevos medicamentos. Después de la visita del doctor, me rogó le diese la bendición de María Auxiliadora, y aunque no creíamos que su muerte estuviese tan próxima, le indiqué que sería conveniente confesarse, a lo que él accedió muy gustoso llamando a su confesor. Después de confesarse, le dije que en la capillita de la enfermería iba yo a decir Misa pidiendo al Señor se dignase concederle la salud; le pareció muy bien, y al llegar el momento de la Comunión, la recibió con devoción, juntamente con algunos alumnos que se encontraban en la enfermería. Terminada la Misa, volé a su lado, y ya estaba agonizando. Apenas me quedó el tiempo preciso para darle la Extremaunción; le rodeábamos en aquellos momentos casi todos los sacerdotes de la casa, que sumidos en amargo llanto, no dábamos crédito a nuestros ojos.

La noticia corrió inmediatamente entre los alumnos, llenándolos de congoja. Las confesiones y comuniones fueron numerosísimas en las

misas de la mañana del día 6 y del día 7, por el eterno descanso de su alma, pues era mucho el cariño que nutrían por este joven sacerdote, de tal modo que su muerte hizo en ellos más impresión que unos Ejercicios Espirituales. Los alumnos mayores pidieron por favor que se les dejase velar el cadáver, junto con sus superiores y sus familiares.

En la mañana del día 7, a las 10, se celebró en el Colegio un solemne funeral con asistencia de los hermanos y familiares del finado; el Presidente y Consejo de Administración de los Colegios de Huérfanos de ferroviarios; la Comunidad de las Hijas de María Auxiliadora que atiende al Colegio, y que en aquellos días se portaron con nosotros con solicitud extrema, compartiendo nuestro dolor; amigos, conocidos y los alumnos del Colegio. En esa misma mañana, a las once, tuvo lugar otro funeral en la iglesia de las Escuelas Salesianas de Estrecho, organizado por los profesores y alumnos de la Facultad de Física y Química de la Universidad Central.

A las cuatro de la tarde de ese mismo día 7, el cadáver, por deseo de su madre y hermanos, fue trasladado a Málaga, donde recibió sepultura en el panteón familiar, después de una Misa de Requiem en el Colegio Salesiano de San Bartolomé de aquella ciudad, a la que asistieron los parientes del finado, los Salesianos de esta casa que habían acompañado al cadáver, y el señor Director, Superiores y colegiales de aquel Centro docente.

Descanse en paz el alma de nuestro querido hermano don Pedro Robles.

Como veis, amados hermanos, ni la juventud, ni la fortaleza física son capaces de detener la muerte cuando ha llegado el momento designado por Dios. Esta es la dura lección que el Señor nos da, recordándonos de nuevo las palabras del Evangelio:

«Et vos estote parati: quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.» (Luc. 12, 40-41).

Ciertamente que a él la muerte no le cogió de improviso. Estaba preparado, porque la esperaba desde hacía mucho tiempo.

En 1958 escribía don Pedro Robles: «Sigo con el presentimiento de que moriré joven. Ahora más que antes. He ofrecido mi vida a cambio del bien que los salesianos hagan en España. Moriré al poco tiempo del sacerdocio. Estoy seguro que el Señor ha aceptado mi ofrenda. Será para mí la libertad.»

Y un año más tarde: «Siento que mi vida no tiene significado si no es para ofrecerla por los demás. Sé que mi misión no está aquí en la tierra. Mi única ilusión es bien sencilla: llegar a sacerdote y luego morir. El morir joven entra dentro del cálculo de mis ilusiones. Quiero morir. Pero no morir tontamente. Quiero que mi vida tenga algún contenido, algún valor, algo que merezca la pena, y esto es: ofrecer mi vida por el trabajo, por la santificación de la Congregación salesiana en España y por la Iglesia.

María, Madre mía, llévame al cielo. En la iglesia pienso que estoy a tu lado, sentado a tus pies. Pero tienes tantos hijos buenos, que me parece que yo no soy nada para tí. Pero me subleva esta idea y protesto. Tú eres Madre de los pecadores.

Madre, cuando tus ocupaciones con los hijos buenos te lo permitan, ven un ratito a mi lado y ayúdame.»

Había nacido en Málaga el 1 de enero de 1932, en el seno de una familia muy cristiana. Al morir su padre, que era militar, ingresó en el Colegio de Santa Bárbara de Carabanchel Alto, donde conoció a los Salesianos. En el trato con ellos nació su vocación, que le movió a pedir el ingreso en la Congregación Salesiana, comenzando su Noviciado en 1950, profesando al año después.

Hizo el trienio en Salamanca y la Teología en Carabanchel, siendo ordenado sacerdote en junio de 1959.

La obediencia le destinó a este Colegio de Huérfanos de Ferroviarios, donde trabajó dos años con los Aprendices de la Renfe. De aquí pasó al Colegio de San Fernando, como Consejero de la sección de alumnos de Formación Profesional Industrial; y en el pasado curso, el señor Inspector le mandó de nuevo a esta casa, para que al mismo tiempo que atendía a los alumnos, cursase la carrera de Ciencias Físico-Químicas en la Universidad Central.

El Señor le había dotado de hermosas cualidades, que le hacían amar de todos los que le conocieron.

«Durante los años de colegial en Santa Bárbara, me escribe el capellán, se distinguía por su sencillez y la bondad de corazón, juntamente con una piedad simpática y atrayente. Tenía gran ascendiente entre los compañeros, también por sus cualidades físicas, pues era un gran deportista.»

«Durante la Teología, me dice don José Luis Bastarrica, le di clase de Moral. Pude conocerle a fondo. Tenía un carácter jovial, noble; bueno de verdad.

Desde los años de colegial llevaba al día sus apuntes espirituales, que alguna vez me dio a leer. En ellos se reflejaba un alma bondadosa, sincera y transparente como el cristal.»

En la carta que a continuación se transcribe, firmada por un grupo de antiguos alumnos, hoy empleados de la Renfe, está patente el amor que sus alumnos le profesaban:

«Reverendo Padre Director del Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de Madrid.

Sinceramente sentidos por la noticia de la muerte de don Pedro Robles (q. e. p. d.), estos tres ex alumnos de ese Colegio, que durante un tiempo tuvieron la suerte de estar bajo su dirección y mando, han acordado dirigirse a usted, para que de este modo quede patente la simpatía que sentíamos hacia su persona.

En nuestros recuerdos de Colegio siempre ha aparecido él como uno de los mejores y más gratos de los vividos en los años de alumnos. Su simpatía, alegría y jovialidad, que repartía con los que estuvimos a su lado, ha hecho posible este recuerdo, y a la hora de su muerte este dolor por su desaparición, que sinceramente sentimos.

A la familia salesiana como a sus parientes, va nuestro pesar.»

En las pasadas vacaciones, manifestaba don Pedro Robles a un hermano salesiano que su ideal, al estudiar en la Universidad, era prepararse científicamente para el día de mañana levantar el nivel cristiano, cultural y humano de estos queridos muchachos, huérfanos de ferroviarios.

Estos datos de su infancia, de sus años de formación, de su vida activa en las casas y sus sueños para el porvenir, os dan la mejor idea de los hermosos dones que Dios había depositado en su alma, y que él hacía fructificar divinizados con su vida sacerdotal.

Esperemos que el Señor lo tenga ya en su gloria. De todos modos, lo encomendamos a vuestras oraciones, rogándoos al mismo tiempo elevéis al Cielo una oración por este Colegio, que él tanto amó.

Afectísimo en San Juan Bosco.

Alejandro Vicente

(Director)

Datos para el Necrologio: Sac. Robles Díaz Pietro, morto a Madrid (Spagna) il giorno 6 di Febbraio 1964, a 32 anni di età e 13 di professione.